



El sufrimiento como emoción. Enfoques constructivistas
O sofrimento como emoção. Abordagens construtivas
Suffering as an emotion. Constructivist approaches

 Carina V. Kaplan¹

 Noemí Aizencang²

 Ezequiel Szapu³

Resumen: El presente trabajo conceptualiza la categoría de sufrimiento o dolor social desde un enfoque relacional y constructivista sobre la vida social y escolar. Particularmente, focalizamos en los desarrollos del psicoanálisis de Silvia Bleichmar, la sociología figuracional de Norbert Elias y el interaccionismo simbólico de David Le Breton. Sus perspectivas poseen una serie de puntos de confluencia: a) interpretan al sufrimiento como una emoción que imbrica procesos psico y sociogenéticos; b) conciben que el dolor remite a la relación entre cuerpo y subjetividad; c) sostienen que el debilitamiento o la ausencia de lazos sociales significativos se encuentra en la base de las experiencias de padecimiento.

Palabras clave: sufrimiento, dolor social, enfoques constructivistas, Silvia Bleichmar, Norbert Elias, David Le Breton

Resumo: Este trabalho conceitua a categoria sofrimento ou dor social a partir de uma abordagem relacional e construtivista da vida social e escolar. Particularmente, focamos nos desenvolvimentos da psicanálise de Silvia Bleichmar, da sociologia figurativa de Norbert Elias e do interaccionismo simbólico de David Le Breton. Suas perspectivas têm uma série de pontos de confluência: a) interpretam o sofrimento como uma emoção que se sobrepõe a processos psico e sociogenéticos; b) concebem que a dor se refere à relação entre corpo e subjetividade; c) sustentam que o enfraquecimento ou a ausência de laços sociais significativos está na base das experiências de sofrimento.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina; email: kaplanarina@gmail.com

² Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina; email: nomiaizen@gmail.com

³ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina; email: soysapu@gmail.com

Palabras-chave: sufrimiento, dor social, abordagens construtivistas, Silvia Bleichmar, Norbert Elias, David Le Breton

Abstract: This work conceptualizes the category of social suffering or pain from a relational and constructivist approach to social and school life. Particularly, we focus on the developments of the psychoanalysis of Silvia Bleichmar, the figurative sociology of Norbert Elias and the symbolic interactionism of David Le Breton. Their perspectives have a series of points of confluence: a) they interpret suffering as an emotion that overlaps psycho and sociogenetic processes; b) they conceive that pain refers to the relationship between body and subjectivity; c) maintain that the weakening or absence of significant social ties is at the basis of experiences of suffering.

Keywords: suffering, social pain, constructivist approaches, Silvia Bleichmar, Norbert Elias, David Le Breton.

Recepción: 05/enero/2023

Aceptación: 21/marzo/2024

Forma de citar: Kaplan, C., Aizencang, N. y Szapu, E. (2024). El sufrimiento como emoción. Enfoques constructivistas. *Voces de la educación, Número especial: Entre dolores y luchas en los cotidianos escolares*, pp 191-209.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

El sufrimiento como emoción. Enfoques constructivistas

Introducción

Mediante sus emociones, las personas expresan la plena conciencia unos de otros. Mediante sus emociones, las gentes tratan de expresar el significado moral y humano de las instituciones en las que viven.

Sennett, La Autoridad (1982: 10)

El presente trabajo conceptualiza la categoría de sufrimiento o dolor social desde un enfoque relacional y constructivista sobre la vida social y escolar. Afirmándonos en la idea de que el orden afectivo es fundante del lazo social, recuperamos una serie de aportes académicos que nos aproximan a la comprensión de las narrativas y experiencias subjetivas de padecimiento bajo las condiciones de época.

Particularmente, focalizamos en los desarrollos del psicoanálisis de Silvia Bleichmar, la sociología figuracional de Norbert Elias y el interaccionismo simbólico de David Le Breton en la medida en que sus perspectivas presentan una serie de puntos de confluencia: a) interpretan al sufrimiento como una emoción que imbrica procesos psico y socio genéticos; b) conciben que el dolor remite a la relación entre cuerpo y subjetividad; c) sostienen que el debilitamiento o la ausencia de lazos sociales significativos se encuentra en la base de las experiencias de padecimiento.

En la investigación educativa somos testigos del modo en que las emociones han ido legitimando su protagonismo de la mano del denominado *giro afectivo* en la comprensión del lugar de la escuela en la constitución del lazo social. Las emociones son el resultado de intercambios sociales en circunstancias históricas concretas (Le Breton, 1999a). Ello significa que no residen ni en los individuos ni en los objetos, sino que se construyen en las interacciones entre los cuerpos, configurando una matriz relacional (Illouz, 2007, 2014; Kaplan, 2020; Kaplan y Szapu, 2020). Desde una mirada socio-psíquica e histórico-cultural de los procesos sociales y educativos (Kaplan, 2021, 2022), estamos en condiciones de argumentar que la estructura afectiva es producto de un proceso de transformación cultural de largo plazo (Elias, 1987).

Las emociones, aunque sean narradas en primera persona como algo del orden de lo íntimo, se constituyen como resultado de constructos históricos, sociales y culturales que se

expresan a través de una trama de símbolos y significados. El modo de experimentar el mundo remite a factores del orden de lo individual y subjetivo que se traducen mediante un lenguaje susceptible de ser reconocido por los pares (Le Breton, 2002).

Lejos de ser presociales o preculturales, las emociones son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable, y es esa fusión lo que les confiere la capacidad de impartir energía a la acción. Lo que hace que la emoción tenga esa "energía" es el hecho de que siempre concierne al yo y a la relación del yo con otros situados culturalmente (Illouz, 2007: 15).

Las estructuras sociales y las estructuras emocionales forman parte de un mismo proceso y solo pueden ser analizadas tomando en consideración la necesaria intersección entre los procesos psicogenéticos y sociogenéticos (Kaplan, 2018). En el devenir cotidiano, los seres humanos vamos vivenciando experiencias afectivas en las que diversas emociones se suceden unas a otras, se superponen, se entrelazan y se relacionan. Esta red se traduce en disposiciones sociales que estructuran ciertos modos de ser, de sentir y de existir, lo que configura un determinado *habitus emotivo* (Kaplan y Galak, 2022; Kaplan, Szapu y Arevalos, 2023).

La pregunta entonces es: ¿qué sucede cuando esta trama afectiva se edifica en torno a sentimientos como el miedo, la vergüenza, la soledad, la inferioridad, la exclusión, el rechazo? En la medida que entendemos a las emociones como construcciones sociales y culturales, no es posible su análisis sin considerar que se encuentran mediadas por relaciones desiguales de poder. Los procesos de discriminación, estigmatización y falta de reconocimiento, ejercidos por quienes se ubican en una posición de superioridad tanto material como simbólica sobre aquellos a los que consideran inferiores, conforman una trama afectiva signada por el sufrimiento social (Kaplan y Szapu, 2020). Desde este punto de vista, las emociones vinculadas al miedo, vergüenza, soledad, inferioridad, exclusión y rechazo pueden ser interpretadas como “experiencias personalizadas de la desigualdad” (Sennett, 2003, p. 241) en la medida que son un signo del mecanismo de negación de la alteridad.

Si recuperamos la definición de diccionario del término *sufrimiento* encontramos lo siguiente: “Padecimiento, dolor, pena” (Diccionario RAE, 2001). En lo que respecta al concepto de *dolor*, hallamos dos acepciones. La primera indica que se trata de una “Sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo por causa interior o exterior” (Diccionario RAE, 2001). La segunda, lo describe como el “Sentimiento de pena y congoja” (Diccionario RAE, 2001). Estos dos significados permiten afirmar que, al caracterizar el dolor o sufrimiento, no

necesariamente se hace alusión a un padecimiento físico, vinculado a lo que comúnmente se denomina como sensación; sino que también puede referirse a un sentimiento de malestar subjetivo, emparentado al mundo de las emociones.

Otra definición es la aportada por la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor (International Association for the Study of Pain - IASP), la cual plantea que "El dolor es una experiencia sensorial y emocional desagradable asociada o similar a la asociada a una lesión tisular real o potencial" (1979). Aquí alude a una experiencia en la que confluyen aspectos sensoriales y emocionales. Al mismo tiempo, al incluir la idea de "similar", se amplía la concepción del dolor yendo más allá de considerarlo como aquello producido por una herida o lesión corporal. El sufrimiento comprende entonces tanto aspectos físicos como subjetivos ya sea al pensar en los factores que lo producen como en los efectos en quienes lo padecen.

En este punto, es posible plantearse una serie de interrogantes: El dolor, ¿es una sensación, una experiencia o una emoción? ¿Es el sufrimiento singular, particular de cada individuo, o es un constructo social mediado por las relaciones entre sujetos de un tiempo y espacio determinados? ¿Qué hay de colectivo en el sufrimiento? ¿Cómo es la frontera entre lo íntimo y lo público en las expresiones del dolor? ¿Cuáles son las potencialidades de incluir esta categoría en la investigación educativa? El presente artículo tiene como propósito bordear el concepto de sufrimiento social a los fines de esbozar una o más respuestas a estas preguntas. La reflexión se estructura principalmente en torno a los aportes de tres autores cuyos desarrollos incorporan una mirada psicogenética y sociogenética de los seres humanos y las emociones como es el caso de Silvia Bleichmar, Norbert Elias y David Le Breton.

Para llevar a cabo la tarea de bordear el concepto de sufrimiento o dolor social, nos planteamos una serie de supuestos que iremos analizando a la luz de los autores referenciados:

1. No existe una separación taxativa entre lo público (social) y lo privado (individual) en lo que respecta a las manifestaciones de sufrimiento, sino que siempre se expresa de manera imbricada.
2. No es posible concebir al padecimiento como una experiencia exclusivamente física o psíquica. Todo dolor remite a una relación entre cuerpo y subjetividad.
3. El dolor es una experiencia emocional ligada a la construcción del lazo social.

El dolor en el contexto del malestar

Silvia Bleichmar propone una lectura posible de las situaciones escolares desde los aportes del psicoanálisis. En sus trabajos presenta una concepción del padecimiento en la cual se imbrican la dimensión psíquica y social del ser humano. El sufrimiento subjetivo cobra sentido cuando consideramos su vínculo indisociable con las situaciones, los tiempos y los espacios sociales de participación, esto es, cuando se consideran las relaciones entre los

deseos de los individuos y las pautas que impone una cultura, las cuales se instituyen al interior del aparato psíquico (Bleichmar, 2001). Las formas sociales, reglas y prohibiciones, dan cauce, y ofrecen caminos posibles a la vida pulsional, posibilitando y conformando la tan necesaria convivencia con otros.

El dolor social se origina ante un desencuentro entre lo individual y lo social, entre los deseos personales y las expectativas grupales. En estos momentos traumáticos que producen sufrimiento, se inscriben elementos vivenciales que luego es preciso resimbolizar, transformar de vivencia en experiencia (Bleichmar, 2001). Ello se ve facilitado por lenguajes, conceptos y herramientas simbólicas que ofrece la cultura. Interesa interpretar los sentidos que los sujetos construyen para comprender y tolerar aquello que los aqueja y de ese modo colaborar en su tramitación.

En este punto, la posibilidad de una apertura al diálogo juega un rol fundamental. Al poner en palabras aquello que nos aqueja se produce una simbolización que ayuda a elaborar las heridas producidas. Por el contrario, al no hallar el modo para expresar el malestar en un intercambio con un otro, el sufrimiento se acentúa.

Mediante la idea de “traumatismo” nos referimos a la insuficiencia de las herramientas para resimbolizar la realidad, o para poder producir, de alguna manera, representaciones capaces de capturar la realidad cuando la subjetividad se ve amenazada por la ruptura de significaciones previas que permitían su aprehensión (Bleichmar, 2005: 1).

Cuando nos sentimos avasallados por una realidad que nos atraviesa, la desorganización es tal que nos deja sin herramientas para poder actuar. Se pierde la posibilidad de armar una respuesta frente al sufrimiento que vivenciamos y reconocemos también en otros. Pero más gravé aún es el modo en que la reiteración de este tipo de acontecimientos a los que se denomina como traumáticos, lleva a una especie de insensibilización paulatina y acostumbamiento al horror que deja huellas subjetivas (Bleichmar, 2005). Bleichmar refiere al concepto de *fatiga de la compasión* que recupera del libro *El respeto* (2003) de Richard Sennett. La familiaridad con el dolor, que a partir de los relatos de las y los jóvenes se puede interpretar como un símbolo de época, es el que produce una pérdida en la capacidad de procesar el sufrimiento ajeno y, en última instancia, también el propio.

En este punto, la autora introduce la noción de *malestar sobrante* al cual define como la cuota que nos toca pagar a modo de renunciaciones pulsionales que permitan nuestra

convivencia con los otros, pero que también conlleva la resignación de aspectos sustanciales del propio sujeto como efecto de la sobrecarga de circunstancias angustiantes (Bleichmar, 2007).

Yo he llamado a este malestar, “malestar sobrante”, porque no es solamente el que paga cualquier ser humano por ingresar a la cultura, sino un exceso de malestar producido por la frustración en la cultura. Y esto no se da solamente en los excluidos, se da también en los incluidos (Bleichmar, 2008: 60-61).

Dicho malestar se produce en un contexto en el que prima el individualismo y cada sujeto se encuentra despojado de la posibilidad de elaborar proyectos a largo plazo y obtener perspectivas de futuro. La dificultad para establecer lazos duraderos y significativos junto a la ausencia de una visión de futuro esperanzadora como factores que afectan la constitución subjetiva de las nuevas generaciones, son ideas que dialogan con otras categorías de Sennett (2000) como los de *corrosión del carácter* y *gratificación diferida*.

El carácter se expresa por la lealtad y el compromiso mutuo, bien a través de la búsqueda de objetivos a largo plazo, bien por la práctica de postergar la gratificación en función de un objetivo futuro. De la confusión de sentimientos en que todos vivimos en un momento cualquiera, intentamos salvar y sostener algunos; estos sentimientos sostenibles serán los que sirvan a nuestro carácter. El carácter se relaciona con los rasgos personales que valoramos en nosotros mismos y por los que queremos ser valorados (p. 10).

Las experiencias de sufrimiento que van siendo atravesadas por los sujetos ante la falta de un porvenir alentador, van corroyendo el carácter produciendo subjetividades negadas (Kaplan y Szapu, 2019). Bleichmar expresa una idea similar en la siguiente cita:

Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada. Es la esperanza de remediar los

males presentes, la ilusión de una vida plena cuyo borde movable se corre constantemente, lo que posibilita que el camino a recorrer encuentra un modo de justificar su recorrido (Bleichmar, 1997).

En estos procesos, tanto el establecimiento de lazos sociales significativos como el afianzamiento en posiciones que posibiliten el desarrollo de planes y perspectivas de futuro resultan elementos claves para tramitar el sufrimiento social de las y los jóvenes. El espacio escolar, bajo ciertas condiciones y recursos simbólicos, puede promover culturas afectivas, condiciones y recursos que funcionen como amarras simbólicas frente al dolor, abriendo camino a la reparación y la implicación intersubjetiva (Kaplan y Aizencang, 2022).

Las transformaciones en la sensibilidad por el dolor

Si uno revisa la literatura existente se evidencian posiciones reduccionistas, o incluso escisionistas, que conciben al dolor como individual o social. Desde una perspectiva relacional se ponen en cuestionamiento estas visiones. La sociología eliasiana, se sostiene justamente en la idea o noción de *figuración*, entendida como un entramado de interdependencias en las que distintos individuos precisan unos de otros para poder sobrevivir y desarrollarse (Elias, 2008).

Los seres humanos han evolucionado en un mundo que alberga otras existencias aparte de la de ellos mismos. Por consiguiente, cada hombre está constituido por naturaleza para la vida en compañía, es decir, para una vida en relación con una gran variedad de existencias, algunas amigables, otras hostiles, algunas inanimadas, otras vivientes, y algunas de estas últimas, humanas. De acuerdo con esto, la mayoría de los atributos y propiedades del ser humano tienen funciones que sólo pueden ser entendidas si se consideran en relación con otras existencias (Elias, 1998: 316).

Desde una perspectiva socio-histórica y relacional, Elias describe los cambios que ocurren entre la Edad Media y la conformación de los Estados Modernos en lo que va a denominar como *Proceso Civilizador* (Elias, 1987). Su argumento central se sustenta en que, en el marco de una monopolización del uso de la violencia física por parte de los nuevos Estados junto a una creciente diferenciación de las funciones sociales, se establecen

estructuras de personalidad tendientes a la autoregulación y previsibilidad. La sociogénesis de los Estados Modernos representa, a su vez, el inicio de la *civilización de las emociones* (Wouters, 2008) o la *civilización de los afectos* (Mutchinick y Kaplan, 2016).

El aparato de control y de vigilancia en la sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo. El segundo, al igual que el primero, trata de someter a una regulación estricta la totalidad del comportamiento y el conjunto de las pasiones [...] el autocontrol permanente a que cada vez se acostumbra más el individuo, trata de disminuir los contrastes y las alteraciones repentinas en el comportamiento, así como la carga afectiva de todas las manifestaciones. El individuo se ve ahora obligado a reformar toda su estructura espiritual en el sentido de una regulación continuada e igual de su vida instintiva y de su comportamiento en todos los aspectos (Elias, 1987: 458).

Al mismo tiempo en que se complejiza la red de interdependencias al interior de una sociedad, cada individuo vive un aumento de las autoacciones que tienden a una creciente individualización. En este marco, el dolor como experiencia emocional no es ajeno a los cambios en los modos de sentir que se dan en el proceso civilizador. Junto con la internalización de ciertos comportamientos, los modos de reaccionar y manifestar los padecimientos se van modificando en el accionar de cada individuo marcando un patrón de pautas aceptables al interior de cada grupo humano.

En otras palabras, el desarrollo social hacia una elevada individualización del individuo abre a las personas particulares una vía hacia formas específicas de satisfacción y realización, y hacia formas específicas de insatisfacción y de vacío, hacia posibilidades específicas de alegría, dicha, bienestar y placer, y hacia posibilidades de dolor, desdicha, descontento y malestar, que no son menos específicas de su sociedad (Elias, 1990: 102-103).

La creciente internalización de las coacciones externas va provocando cambios en los hábitos tanto a nivel psíquico como a nivel corporal. Las formas de sentir y de actuar ante ciertas situaciones que antes producían dolor se van modificando tanto a nivel individual

como a nivel social entendiendo que cuerpo y alma, se desarrollan de manera imbricada en el ser humano, tornando imposible pensar el uno sin el otro.

A lo largo de la historia, y consecuentemente con el entramado de dependencias en que transcurre toda una vida humana, también se moldea de modo distinto la «*physis*» del individuo en conexión inseparable con lo que llamamos su «*psique*». Piénsese, por ejemplo, en la modelación de los músculos faciales y, por lo tanto, de la expresión del rostro a lo largo de la vida de un ser humano (Elias, 1987: 488).

Tanto cuerpo como subjetividad van moldeándose de manera imbricada en cada individuo, así como al interior de una sociedad. El dolor, junto a todo el abanico de experiencias emocionales de los humanos, ocurren tanto a nivel físico como psíquico siendo imposible pensar que afectan a uno sin producir cambios en el otro. Dicho vínculo se ve reflejado en lo que Elias plantea en torno a la *expresión de las emociones* donde el cuerpo, y más particularmente el rostro, es el escenario a través del cual se manifiestan (u ocultan) los sentimientos. En el devenir del proceso civilizatorio, los sujetos comienzan a observar con mayor detenimiento su comportamiento y van modificando el modo en que se muestran hacia los demás, cambiando la reacción frente a ciertas maneras de sentir.

Tanto la corporalidad (*physis*) como la subjetividad (*psique*) son conceptos que van sufriendo transformaciones a lo largo de la historia, y más particularmente en función de un aumento de las interdependencias. A partir de coacciones externas que van conformando una serie de autoacciones, los sujetos van modificando sus modos de sentir, así como las formas de expresar dichos sentimientos a través del cuerpo.

Estos conceptos no son independientes del cambio histórico social; [...] son aspectos de una modelación que se produce paulatinamente a lo largo de una serie de acciones y reacciones, y que se manifiesta en forma tanto más intensa cuanto que, en relación con la estructura de las dependencias humanas, sobre las descargas impulsivas y emotivas del individuo gravita la amenaza del dolor, el descenso y la supeditación a los demás, o incluso el hundimiento de la propia existencia social (Elias, 1987: 488).

Toda acción comienza a ser medida y premeditada, en un intento de afrontar el miedo al dolor que pueda significar la ruptura de los lazos de interdependencia a partir de una actuación inadecuada frente a los demás. El comportamiento en público se sustenta en un nuevo poder de observación de sí mismo: “Se trata aquí de los comienzos de ese método de observación que, posteriormente, habría de conocerse con el nombre de «psicológico»” (Elias, 1987: 123). En este sentido, Elias cuestiona el posicionamiento biologicista en relación a la expresión de las emociones como algo natural y común, para lo cual formula los siguientes interrogantes: “¿Qué funciones posibles pueden tener para los seres vivientes expresar las emociones? Y, ¿qué es lo que realmente está siendo expresado?” (Elias, 1998: 320).

El otro aparece estrechamente vinculado a las experiencias de alegría o sufrimiento, ya sea por la existencia o la dificultad en el establecimiento de lazos sociales significativos. Para dar cuenta de ello, Elias, en su obra *Soledad de los individuos* (1990), recupera de distintas obras literarias de su época, una serie de novelas cuyos protagonistas en su juventud se ven atravesados por sentimientos de soledad.

Sea cual sea la forma particular que asuma, el requerimiento emocional de compañía humana, de dar y recibir en relaciones afectivas con otras personas, es una de las condiciones elementales de la existencia humana. Aquello por lo que parece sufrir quien concibe el ser humano como un yo carente de un nosotros es el conflicto entre la necesidad de trabar relaciones emocionales con otras personas y la propia incapacidad para satisfacer esta necesidad. Los protagonistas de las historias citadas son solitarios porque un dolor personal les cierra la posibilidad de tener verdaderos sentimientos hacia otras personas, de trabar verdaderos lazos afectivos con otras personas. El eco que ha tenido este tema, sobre todo en el siglo XX, es un síntoma de que no se trata de un problema aislado, individual, sino de un problema de actitud social, de un rasgo fundamental de la estructura de la personalidad de hombres y mujeres de nuestro tiempo (p. 155-156).

Para Elias, el sufrimiento, como toda emoción, es de constitución sociopsíquica y afecta tanto al plano corporal como subjetivo de los seres humanos. Los lazos de interdependencia que se establecen en cada figuración resultan fundamentales para el desarrollo emotivo de cada individuo. Estos aportes, nos permiten argumentar que el dolor es una experiencia emocional que atraviesa las trayectorias educativas de las y los jóvenes. Motivo por el cual nos proponemos estudiarlo en función de los vínculos que se establecen

en la trama escolar, sin por ello dejar de reconocer que posee elementos biológicos y subjetivos, singulares y culturales, individuales y sociales.

El dolor en la trama sociocultural

Desde una mirada social y antropológica, Le Breton afirma que las emociones, más allá de tener un sostén fisiológico, son de carácter social y cobran sentido en los contextos culturales en los cuales los individuos se constituyen subjetivamente. Los estados afectivos, entendidos como una *emanación social*, se sustentan en una base biológica a modo de materia prima sobre la que se traman las sociedades (Le Breton, 2012). Se opone así a ciertas corrientes que centran la mirada en lo orgánico sin considerar los componentes relacionales de la dimensión afectiva en los seres humanos. La manifestación de las emociones, tendría un objetivo de adaptabilidad al medio, más acorde a las perspectivas evolucionistas.

Los enfoques naturalistas con los cuales disputa Le Breton postulan a las emociones como resultado de un proceso evolutivo cuya utilidad particular es la supervivencia de la especie al reforzar las capacidades adaptativas. Las manifestaciones de odio, amor, celos, alegría, miedo, dolor, etcétera, al ser despojadas de su dimensión simbólica, se naturalizan bajo el prisma de un vocabulario que diluye cualquier diferencia, ocultando de entrada el mosaico afectivo de las sociedades humanas situadas en espacio y tiempo (Arevalos, Glejzer y Kaplan, 2022: 88).

Contra poniéndose a dichos enfoques, en su escrito *Por una antropología de las emociones* (2012), Le Breton sostiene que lo afectivo no puede ser comprendido si no se contempla lo cultural y lo social. En cada manifestación emocional, el individuo aporta su nota personal en un lenguaje susceptible de ser comprendido por los otros y vinculado a su historia personal, psicológica, status social, género, edad, entre otros tantos elementos.

La emoción no tiene realidad en sí misma, no tiene su raíz en la fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, no es la naturaleza del hombre lo que habla en ella, sino sus condiciones sociales de existencia que se traducen en los cambios fisiológicos y psicológicos (Le Breton, 2012: 68).

Entendiendo al sufrimiento como emoción, vale la pena recuperar algunos pasajes de su trabajo *Antropología del dolor* (2019). En sus planteos es posible apreciar el modo en que el carácter social que atribuye a la dimensión emocional, así como su relación con lo corporal, es asignado a su vez a las experiencias de padecimiento.

Como las emociones en general, el dolor en particular nunca afecta a un solo órgano, tejido o función, sino que abarca toda la existencia del ser humano, “no es el cuerpo el que sufre sino el individuo entero, en el sentido y valor de su vida” (Le Breton, 2019: 9). Al padecer una dolencia física, nuestra subjetividad se ve afectada, evidenciando la imposibilidad de considerar al cuerpo escindido de nuestra psiquis. Por ejemplo, al sufrir un golpe doméstico accidental, sentimos dolor en la parte del cuerpo en donde se produjo la herida, pero también es posible que nos sintamos avergonzados o enojados por haber cometido una torpeza. En sentido contrario, al *somatizar*, estamos transfiriendo al plano corporal un sufrimiento subjetivo o psíquico.

El dolor, en tanto experiencia emocional, posee las mismas características que le son asignadas a las emociones, aunque presenta sus propias especificidades. Más aún en lo que remite a la relación entre subjetividad y cuerpo o, en palabras del propio autor, el *contenido de la conciencia* y el *contenido físico* (Le Breton, 2019).

El contenido de la conciencia no es equivalente al contenido físico. Entre uno y otro se interpone una elaboración en la cual el individuo con su concepción del mundo, la referencia de los sentidos y los valores interpreta con su propio lenguaje lo que piensa que siente. En la relación con su cuerpo el individuo no es una pantalla registradora, sino que transforma las sensaciones experimentadas en sus propias categorías, compartidas con su estilo personal con los otros miembros del grupo de referencia [...]. La cultura interiorizada forma parte del cuerpo del individuo, orienta las percepciones sensoriales y frente al dolor produce categorías de pensamiento que promueven el temor o la indiferencia (Le Breton, 2019: 121-122).

En este sentido, el dolor remite a una elaboración del individuo donde lo corporal y lo subjetivo se presentan de manera imbricada. Pero esta relación entre cuerpo y psiquis no se da de manera descontextualizada, sino que se desarrolla a partir de una existencia social e influenciado por las pautas culturales en las que el sujeto está inmerso. En palabras del propio

autor, “la experiencia íntima del dolor es además modulada según las condiciones sociales y culturales, la edad, el género y el contexto particular de aparición del dolor” (Le Breton, 2019: 11).

Las distintas formas de experimentar el sufrimiento se erigen a partir de componentes físicos, subjetivos y sociales.

Este último [el dolor] responde a causas múltiples, se trama también en una relación inconsciente del sujeto consigo mismo, es una superficie de proyección donde se resuelven tensiones de identidad; trabaja con modelos culturales y se alimenta de costumbres sociales vigentes (Le Breton, 2019: 49-50).

La trama social constituye una dimensión central de las experiencias emocionales y más específicamente al considerar aquellas que remitan al sufrimiento, pero no solo como proveedora de modelos culturales o transmisora de modos de actuar ante diversas situaciones, sino también por lo que puede habilitar o profundizar el fortalecimiento o debilitamiento de lazos interpersonales. Los vínculos con otros, según sean significativos o conflictivos, pueden colaborar en la tramitación del dolor social o profundizar el padecimiento. El no contar con alguien en quien confiar para poner en palabras las experiencias de dolor o la ausencia de espacios de diálogo que propicien la elaboración de ciertas emociones afecta a los sujetos produciendo un daño subjetivo.

El sufrimiento nace de la represión de las emociones, de lo no-dicho, de viejos rencores que no se ponen sobre la mesa por falta de valor. La tristeza o la dificultad para comunicarse asfixian la palabra, y la incapacidad para dar una explicación a lo sucedido, para volver a establecer el vínculo multiplica el dolor (Le Breton, 1999b: 168).

Lo no-dicho, lo silenciado y todo lo que no se expresa afecta la constitución subjetiva. Pone de manifiesto la necesidad de establecer canales de diálogo mediante los cuales los individuos puedan significar aquello que los aqueja. El sufrimiento se materializa en el debilitamiento o ausencia de lazos afectivos que contribuyan en la tramitación de las heridas sociales.

Reflexiones finales

El presente trabajo lleva adelante la tarea de bordear el concepto de sufrimiento a partir de los desarrollos teóricos de Silvia Bleichmar, Norbert Elias y David Le Breton. Tres autores que, desde una mirada relacional y constructivista, aportan categorías e ideas que nos resultan enriquecedoras a la hora de pensar e interpretar la dimensión emocional de los seres humanos.

Ya sea a través del desfasaje entre los deseos personales y las expectativas sociales expresado como *malestar sobrante* por Bleichmar; la *modelación de los afectos* en el *Proceso de la Civilización* de la mano de la sociología figuracional de Elias; o el dolor como una cuestión de sentido que sugiere Le Breton, el sufrimiento es comprendido por estos tres pensadores como un entramado de elementos individuales y sociales o culturales. Esta primera coincidencia que identificamos, nos permite sostener que el dolor es una experiencia emocional constituida socialmente, influenciada por los rasgos de época e inserta en una cultura determinada la cual no puede ser analizada sin considerar la relación entre individuo y sociedad. Es a partir de esta lectura que adquiere potencia la categoría de *dolor social* o *sufrimiento social*.

El segundo acercamiento radica en sostener que el sufrimiento no afecta al individuo exclusivamente en lo que respecta a lo corporal, sino que también influye en la constitución subjetiva de quienes padecen. El *contenido físico* y el *contenido de la conciencia* (Le Breton, 2019); la *physis* y la *psique* (Elias, 1987) se van modificando imbricadamente en la medida en que el sujeto vivencia diversas emotividades. Cuando las experiencias emocionales están signadas por el dolor, lo cual se da a partir de un desfasaje entre lo individual y lo social que no encuentra simbólicos para su significación, es que se produce un *malestar sobrante* (Bleichmar, 2007; 2008) sobre el cual se torna preciso actuar con intenciones de colaborar en su tramitación.

En este punto, es que el lazo social ocupa un rol fundamental. La apertura al diálogo que brinda un vínculo basado en la confianza y el reconocimiento habilita la simbolización de aquellas situaciones *traumáticas*. En contraposición, la ruptura o ausencia de un otro que escuche, que mire, que reconozca, es una de las fuentes del sufrimiento o, cuanto menos, un obstáculo para su tramitación.

La búsqueda de profundizar en la categoría de sufrimiento social radica en que, a partir de nuestras investigaciones, hemos podido constatar que aquellas y aquellos jóvenes que no hallan un sostén en su tránsito por la institución escolar ni tampoco en su familia, se encuentran en una posición de vulnerabilidad emocional que mina su constitución subjetiva. Esta problemática precisa de un abordaje que contemple la dimensión social y relacional de

las emociones desde una perspectiva constructivista para la adquisición de nuevas estrategias que colaboren en la tramitación del sufrimiento en épocas de conflictividad social.

La primera cuestión consiste en repensar los tiempos que nos tocan vivir, los modos del sufrimiento que nos aquejan, y los niveles de deconstrucción por los que han pasado los seres humanos en nuestro país en estos años para proveernos de nuevas herramientas que nos permitan enfrentar los efectos devastadores que se vienen produciendo (Bleichmar, 2005:1).

Como sostiene Bleichmar, nuestra posibilidad de pensar y ayudar a los otros a hacerlo, resulta la mejor herramienta con la que contamos para aplacar el sufrimiento, ya que nos permite recuperar la posibilidad de interrogarnos y teorizar acerca de los enigmas del presente. En este sentido, la escuela y quienes habitan en ella, tienen la oportunidad de colaborar en la recirculación de la palabra y el fortalecimiento de vínculos significativos. Una escuela que sostenga y aloje a sus estudiantes promoviendo un interés por lo colectivo en tiempos de individualismo. Una escuela que ayude en la constitución de subjetividades mediante la reparación de las heridas sociales.

Referencias

- Arevalos, D. H., Glejzer, C. y Kaplan, C. V. (2022). La afectividad como trama cultural. Lecturas desde David Le Breton. En C. V. Kaplan (Dir.) *Emociones, sensibilidades y escuela* (pp.87-102). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Bleichmar, S. (1997). Acerca del "malestar sobrante". *Revista Topia*, 21, Noviembre. <https://www.topia.com.ar/articulos/acerca-del-malestar-sobrante>
- Bleichmar, S, Paz,R y Winograd, Bruno (2001). Panel de apertura del III Simposium SAP - Sociedad Argentina de Psicoanálisis (IPA) en 2000. *Revista Internacional de Psicoanálisis*. 4, Aperturas N° 9. <https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000180>
- Bleichmar, S (2005). *Subjetividad en riesgo: herramientas para el rescate*. Conferencia ofrecida el 8 de abril de 2005 en la Subsecretaría de Educación, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Bleichmar, S. (2007). *Dolor país y después...* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Bleichmar, S. (2008). *Violencia social, violencia escolar: de la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: NOVEDUC.
- Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Elias, N. (1998). Sobre los seres humanos y sus emociones: un ensayo sociológico procesual. En: V. Weiler, (Comp.) *La civilización de los padres y otros relatos*. Bogotá: Norma.
- Elias, N. (2008). *Sociología fundamental*. Gedisa.
- IASP Subcommittee on Taxonomy (1979). Pain terms: a list with definitions and notes on usage. Recommended by the IASP Subcommittee on Taxonomy. *Pain*. 6(3): 249-52. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/460932/>
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katz Editores.
- Illouz, E. (2014). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katz Editores.
- Kaplan, C.V. (2018). La naturaleza afectiva del orden social. Una cuestión rezagada del campo de la sociología de la educación. *Sudamérica. Revista de Ciencias Sociales*, 9, 117-128. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/view/3145/3069>
- Kaplan, C. V. (2020). Emoción y capitalismo. En R. Espinoza Lolas y J. F. Angulo Rasco (Comp.). *Conceptos para disolver la educación capitalista* (pp. 147-158). Barcelona: Terra Ignota Ediciones.
- Kaplan, C. V. (2021) La justicia afectiva en la escuela como horizonte. *Segunda época*, 4,10-15. https://plataformaeducativa.santafe.edu.ar/moodle/pluginfile.php/1162475/mod_resource/content/3/Kaplan_Justicia%20afectiva.pdf#:~:text=La%20justicia%20afectiva%20apela%20a,ser%20justa%20como%20proyecto%20cultural.
- Kaplan, C.V. (2022). *La afectividad en la escuela*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- Kaplan, C. V. y Aizencang, N. (2022). Teoría de las emociones en el campo educativo. Lecturas desde mujeres. *Entramados: educación y sociedad*, 9 (12), 7-18. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/entramados/article/view/6550>

- Kaplan, C. V. y Galak, E. (2022). El sentir es relacional. Pensar Bourdieu, pensar el habitus emotivo. En Carina V. Kaplan (Dir.) *Emociones, sensibilidades y escuela* (pp.47-58). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Kaplan, C. V. y Szapu, E. (2019). Jóvenes y subjetividad negada: Apuntes para pensar la intervención socioeducativa sobre prácticas autolesivas y suicidio. *Psicoperspectivas*, 18 (1), 1-11. <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/1485/969>
- Kaplan, C. V. y Szapu, E. (2020). *Conflictos, violencias y emociones en el ámbito educativo*. Ciudad de México: CLACSO, Voces de la Educación, ENSV y Nosótrica Ediciones. http://209.177.156.169/libreria_cm/archivos/pdf_1804.pdf
- Kaplan, C. V., Szapu, E., y Arévalos, D. H. (2023). Sociedad y afectos. Apuntes para una Sociología de la Educación emergente. *Revista de Educación*, 28(1), 63-81. https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/r_educ/article/view/6792
- Le Breton, D. (1999a). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (1999b). *El silencio*. Barcelona: Sequitur.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. 10 (4), 69-79. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904006.pdf>
- Le Breton, D. (2019). *Antropología del dolor*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados.
- Mutchinick, A. y Kaplan, C. V. (2016). La civilización de los afectos en los procesos educativos. En C. V. Kaplan V. y M. Sarat (Comp.) *Educación y procesos de civilización. Miradas desde la obra de Norbert Elias* (pp. 145-158). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.7 en línea]. <https://dle.rae.es> [febrero de 2024].
- Sennett, R. (1982). *La autoridad*. Madrid: Alianza.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama.
- Sennett, R. (2003). *El respeto. Sobre la desigualdad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Wouters, C. (2008). La civilización de las emociones: formalización e informalización. En C. V. Kaplan, (Coord.) *La civilización en cuestión. Escritos inspirados en la obra de Norbert Elias*. (pp. 81-94). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Miño y Dávila Ediciones.

Acerca de las autoras

Carina V. Kaplan

Doctora en Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Magíster en Ciencias Sociales y Educación por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con posdoctorado en la Universidad Estadual de Rio de Janeiro (UERJ), Brasil. Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Directora del Programa de Investigación sobre “Transformaciones Sociales, Subjetividad y Procesos Educativos” con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires (IICE-UBA). Profesora Titular ordinaria de la cátedra de Sociología de la Educación en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (FaHCE - UNLP) y Profesora Titular Regular de la cátedra de Sociología de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA).

Noemí Aizencang

Magister en Didáctica por la Universidad de Buenos Aires (UBA), y Doctoranda en Educación por la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (FFyL-UBA). Licenciada en Psicopedagogía, por la Universidad CAECE. Integrante del Programa de Investigación sobre “Transformaciones Sociales, Subjetividad y Procesos Educativos” con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires (IICE-UBA). Jefa de Trabajos Prácticos en la Facultad de Psicología, UBA, Cátedra I de Psicología Educacional (FPsi-UBA).

Ezequiel Szapu

Doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA), con posdoctorado en la Universidad Estadual de Londrina (UEL), Brasil. Investigador asistente (alta pendiente) del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Integrante del Programa de Investigación sobre “Transformaciones Sociales, Subjetividad y Procesos Educativos” con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires (IICE-UBA). Ayudante de primera de la cátedra de Sociología de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA).